

EL HOMBRE PRIMITIVO

La gente tiene generalmente ideas peregrinas sobre los hombres primitivos. Esto no tiene, por otra parte, nada de raro siempre se tienen conceptos más o menos extraños sobre la gente que se conoce mal o que se desconoce del todo. Cuando uno de nosotros llega a Caracas y dice a un conductor de taxi que acaba de llegar de la selva, en donde vive entre los indios, la pregunta del conductor es inevitablemente la misma: "¿Son feroces esos indios?" "¿No tiene usted miedo de vivir allá?", etc., etc. Al principio esto me disgustaba, pero ahora me río y trato de explicarlo. De hecho, hace cuatro años que vivo en medio de los Ye'cuana, y esta vida en el seno de una población primitiva me ha enseñado mucho sobre el hombre y ha sido el comienzo de largas reflexiones entre nosotros. Hay un aspecto verdaderamente apasionante: toda una faceta de descubrimiento del hombre próximo a sus orígenes, del hombre pecador sin duda, pero algo así como en el estado puro, sin haber sufrido ninguna influencia, o prácticamente ninguna de una civilización o de una cultura que tiene una dimensión universal.

Y, por cierto, una de las cosas que sorprende más cuando se conoce a estos hombres de cerca cuando se comienza a dominar su lengua, es que el hombre, fundamentalmente, es el mismo en todas partes. El Padre Daniélou, en su libro "L'Oraison, problème politique", afirma enfáticamente que, a pesar de los desarrollos y toda la evolución, tanto técnica como espiritual y científica, la inteligencia del hombre sigue siendo la misma en otras palabras, que hoy en día el hombre no es más inteligente que en los tiempos de Aristóteles y de Platón, aun cuando

sus conocimientos hayan alcanzado un círculo mucho más importante. Cuando el Ye'cuana Gerbasio, en el curso de una conversación relativa a Dios me preguntaba "¿Por qué, si Dios es bueno, la serpiente y el tigre acechan contra el hombre?", estaba haciendo una reflexión que, en su forma más concreta, atañe simplemente al misterio que plantea la existencia del mal en el mundo, y cuando el mismo Gerbasio me dijo en otra oportunidad "¿Por qué los blancos, que como tales, conocen la buena nueva anunciada por Jesucristo, hacen mal?", reflexionaba, siempre bajo una forma muy "primitiva" en otro problema clave de la vida del hombre, el de la libertad, y cuando otro, delante de todo el mundo, me disparó a quemarropa la frase "Pero puesto que no se ve a Dios, en el fondo puede ser que no haya Dios", estaba planteándose a sí mismo la duda esencial que el hombre se plantea desde que existe y finalmente, cuando otro me dijo "Pero si Dios se mostrara a nosotros solamente una vez, creeríamos inmediatamente", estaba repitiendo la expresión simplista, tan frecuente entre nosotros, que dice que "Nadie ha vuelto después de

Hno. JUAN FRANCISCO NOTHOMB
Hermanito del Evangelio

la muerte para decirnos cómo es el más allá" y tocaba sin saberlo el problema del acto de fe "Dichosos los que sin ver creyeron" (Juan, 20, 29)

Todas estas preguntas muestran bien a las claras que los hombres, dondequiera que estén, reflexionan y son hombres en el sentido pleno de la palabra aun cuando su lenguaje refleje su mentalidad primitiva, lo cual es normal, y aunque se refirieran a las cuestiones más esenciales del hombre a través de un lenguaje más cercano del lenguaje poético que el nuestro, en

vez de proceder por el silogismo lógico y el razonamiento en forma perfecta. Y esto exige de nosotros un respeto muy grande en la manera de responder. Creo que siempre es necesario, al enfrentarse a cualquier hombre, responderle dirigiéndose a su inteligencia, sin perder de vista su sensibilidad, por supuesto, pero principalmente apelando a su inteligencia. No se trata de hablarle en lenguaje complicado, es absolutamente necesario ponerse a su altura y, por tanto, emplear las imágenes, las comparaciones, el tipo de razonamiento con el cual está connaturalizado pero es indispensable evitar absolutamente las explicaciones de color de rosa, que a menudo parecen más fáciles. Se parece esto un poco al mismo problema que se presenta a los padres en las explicaciones que deben dar a sus hijos, en las cuales deben mantenerse dentro de la verdad (debo advertir que no quiero decir con esto que deba tratarse a los primitivos como a niños).

Frente a preguntas como las que acabo de citar, nosotros tratamos siempre de responder tomando la cuestión desde el principio, iluminándonos con la Biblia, en la cual Dios utiliza un lenguaje totalmente accesible al hombre al cual se dirige, sin dejar de enseñarle las verdades más altas. Creo también que es necesario suscitar la reflexión frente al misterio. Por lo demás, nos damos cuenta de que en general, el misterio no representa un problema. Debo decir que estos hombres aceptan mucho mejor el misterio que nosotros, que vivimos en un ambiente de pensamiento escéptico y científico. Aquí, todo lo que resulta ser inexplicable en forma natural, porque los conocimientos no están desarrollados, se explica inmediatamente por una razón que toca al misterio. Esto es lo que quiero decir al expresar que el misterio no constituye para ellos un problema. Por esta razón nosotros podemos afirmar rotundamente cosas que nosotros sabemos verdaderas y de las cuales no tenemos una explicación total, que sólo Dios conoce. Todo anuncio del Evangelio trae consigo una serie de afirmaciones que no exigen ser demostradas, aun cuando sea necesario explicarlas para tranquilizar la inteligencia. Y respecto a esto pienso que, sin saberlo, volvemos en forma casi instintiva a una

manera de actuar a la cual a menudo tenemos tendencia, nosotros los occidentales, que consiste en dar más confianza al puro razonamiento que al llamado al acto de fe en el cual es Dios el que habla. Afirmar fuertemente la verdad nunca será oponerse a la libertad del hombre.

Esto tiene relación en todos los planos, y especialmente en el plano religioso, con una manera de ver las cosas del mundo de los Yecua (y probablemente de la mayor parte de los primitivos). Todos los gestos esenciales de su vida tanto en el plano privado como en el social se relacionan siempre a aquel que está en el punto de partida de su existencia, al ancestro, a lo que los antropólogos según creo llaman los "arquetipos". Casi siempre que les pedimos la explicación de tal o cual gesto o cosa la respuesta es la misma "Eso es así", y si se presiona un poco dicen "Así lo hacían nuestros antepasados al principio". Hay por tanto, como una repetición incesante de un gesto inicial. De hecho, cuando reflexionamos sobre ello, muy a menudo nos encontramos con que lo mismo sucede entre nosotros. En todo caso, para los actos más importantes de nuestra vida cristiana, que por vocación debemos transmitirles, esto nos coloca en una situación normal. Jesús es "el arquetipo". El que está en el comienzo de todo, de nuestros ritos, de nuestras costumbres (*). Así en el caso de la misa antes de explicarles lo que significa (lo cual tomará tiempo y será necesario intentarlo por etapas), si les repetimos incesantemente que estamos volviendo a realizar el gesto inicial de Jesús, ofreciéndose y presentándose el Jueves Santo, estaremos hablándoles un lenguaje que comprenden directamente. Y esto para nosotros representa también

un gran beneficio antes y más allá de todas las explicaciones indudablemente necesarias nos hace falta volver a estos hechos y gestos de Jesús de que nos habla el Evangelio. "Por que rezamos". La única, la verdadera respuesta en último término es "Jesús rezaba. Él es nuestro único modelo". Así como existe una cierta presencia del "ancestro" en los gestos repetidos, hay una presencia mucho más trascendente en los gestos que nosotros repetimos siguiendo el ejemplo del Hijo de Dios.

Otro punto importante que debe ser utilizado por nosotros en nuestro enfoque del misterio cristiano son los símbolos. Los Yecua confunden la imagen con la realidad. Cuando ven un crucifijo preguntan "¿Quién es este?". Cuando les decimos que es la imagen de Jesús, instintivamente piensan que se trata de Jesús realmente; y así para con todas las imágenes lo cual los desorienta ante las diversas reproducciones diferentes de la misma cosa. No puedo olvidar la expresión de terror que experimentaron las mujeres frente a un cuadro mural que representaba un esqueleto humano. Hube de explicarles largamente que se trataba de un papel con una representación impresa encima. Por esta razón en sus fiestas y con sus trajes festivos hay como un cambio de personalidad. Cuando Gerbasio me dijo un día, entre bromas y veras "Francisco, yo no soy Gerbasio, sino un tigre", yo no diría que lo creía verdaderamente pero ciertamente que lo creía un poco. A menudo he podido comprobar también que los mismos hombres que pedían a un adulto que se disfrazara para tranquilizar con el miedo a los niños turbulentos, tenían miedo del adulto disfrazado. Esta es también la razón por la cual no les gusta ser fotografiados, esto representa una especie de violación de su personalidad, parte de la cual creen perder con la fotografía (algunas veces pienso que su definición del hombre blanco debe ser para ellos "animal racional fotógrafo").

Y es cierto que hay una como presencia del otro en toda representación lo cual toma una dimensión totalmente realista en la Presencia Eucarística, con la diferencia evidente de que en este caso único la representación no evoca en ninguna forma a la persona re-

(*) Precisemos bien que la palabra "arquetipo" no se aplica a Jesús sino en un sentido muy particular e impropio. Jesús no es un "ancestro" como nosotros, es el Hijo Eterno e Increado del Dios Trascendente, Segunda Persona de la Adorable Trinidad, Dios Mismo, la Fuente del Ser y del Amor, de Quien la creación entera, aun cuando alcance su perfección más elevada, no sea más que un reflejo. Hay entre Jesús Eterno e Increado y la más perfecta de las criaturas, la Virgen María, una diferencia cualitativa esencial infranqueable. (Lease a este respecto Juan 1, 1, y Colosenses 1, 15.)

presentada, y apela solamente a la fe sobrenatural.

Este dominio de la imagen y del símbolo es un campo en el cual todavía andamos muy a tientas, pero que ciertamente debe ser para nosotros un punto de investigación muy importante durante la evangelización

He aquí algunas reflexiones que son para todos nosotros objeto de búsqueda y de enriquecimiento y que nos ayudan también a descubrir o al menos a conocer mejor ciertos rasgos característicos del hombre que somos, rasgos que a menudo se ocultan con todo el desarrollo de nuestra civilización.

Por lo que respecta a nosotros, en todo caso nos encontramos frente a una evolución rápida de una sociedad que había permanecido estática hasta ahora. ¿Cuál debe ser nuestra actitud frente a esta evolución? Es necesario tratar de mantener la mente lúcida y de evitar, me parece, dos peligros que nos amenazan el primero, caer en el arqueologismo, que quiere conservar todo y que no viene a ser otra cosa que folklore; el segundo, optar solamente por la evolución y creer que el progreso es infalible, da ni descriptiva, pero que dice todo en su brevedad. Y aun si nosotros, los misioneros, encargados

Para empezar, está bien que nos digamos que nos encontramos frente a hombres libres, y que la vida tiende hacia un cierto progreso. ¿Quiere esto decir que debemos limitarnos a apostar si ellos harán buen o mal uso de su libertad? Es una cuestión eterna que se plantea al hombre y que sólo puede ser respondida por cada individuo solo y, a través de él y de los demás, por cada sociedad. Esto quiere decir también que no tenemos el derecho de frenar la marcha de la vida. Nuestro papel de amigos consiste en estar allí, en nuestro lugar de amigos, suficientemente respetuoso y suficientemente cerca a la vez, para poder ayudar. Es cierto que nuestra presencia, hayámoslo querido o no, ha acelerado la evolución, pero es mucho más cierto que, aun sin nuestra presencia, esta evolución hubiera tenido lugar. Y hace falta darse cuenta de que jamás habrá progreso, cualquiera que sea su dirección, sin una cierta pérdida de cosas positivas (excepción hecha, creo, del progreso de la caridad divina en nosotros) Raissa Maritain dijo que "civilizar es espiritualizar". He aquí, en mi opinión, una definición ni detallada anunciar el mensaje de Jesucristo, tenemos en vista el bien global de los hombres con los cuales

vivimos, al ocuparnos de múltiples cosas materiales debemos orientarlo todo hacia Aquel que está al final de toda civilización y en la cima de toda espiritualización Dios conocido y amado.

Frente a los innegables progresos de nuestro pequeño rincón de selva y de este pequeño grupo de hombres sin influencia en el mundo de los poderosos, a menudo siento pánico porque me doy cuenta muy clara de que es mucho más fácil ocuparse de las cosas materiales, de lo que se ve y se toca, de lo que, en una palabra, satisface nuestra sensibilidad, incesantemente deseosa de eficacia inmediata, que ocuparse de las cosas espirituales. Verdaderamente, en este punto nuestra responsabilidad es grande si no los ayudamos a armarse de virtudes cristianas, ¿qué llegarán a ser? Dios nos tomará en cuenta de esto que sólo nosotros hemos podido dar.

Santa María de Erebató, abril 1967

COMPRESION DEL CATOLICISMO...

(Viene de la pág. 281)

puestos a la brusquedad de los cambios sociales como las raíces profundas de su experiencia religiosa Hay que guardarse contra toda solución o hipótesis aparentemente lógica Es necesario profundizar más, no ya en las funciones manifiestas de ciertas prácticas religiosas fácilmente visibles, sino en sus funciones latentes que posiblemente nos permitirán comprender por qué muchos comportamientos religiosos o sociales persisten, aunque su propósito manifiesto aparezca deformado o simplemente irrealizable Esto debe inducir al sociólogo a la expansión de sus horizontes analíticos y a la búsqueda acuciosa de los efectos escondidos y latentes de ciertas costumbres religiosas que a primera vista pudieran ser atribuidas a supersticiones o simples motivaciones primarias.

Finalmente, estos estudiosos deberían no olvidar que está todavía por nacer la persona emocionalmente indiferente a su propia cultura Algunos antropólogos sostienen que los valores religiosos profundamente enraizados en las costumbres y usos de una sociedad constituyen la esencia más pura de la cultura Se engañaría el sociólogo que se imaginara la desaparición de estos valores a la primera sacudida o que exclusivamente se fijara en sus aspectos disfuncionales y negativos, perdiendo de vista la armonía riquísima e integrada del conjunto Por otra parte, no existe todavía una ciencia completa del conocimiento que permita predecir con exactitud de qué manera los individuos responderán a largo plazo a los cambios sociales de nuestra época